



Revista de Fomento Social, 50 (1995), 33-53

# La crisis política y social en Africa resultado de las contradicciones internacionales e internas

---

*Con cierta periodicidad, Africa estremece al mundo con grandes crisis políticas o por hambrunas masivas en algunos de sus países. Pese a la conmoción que estos sucesos causan, la realidad africana es la menos conocida de las regiones del mundo subdesarrollado. El trabajo del Prof. Kabunda Badi analiza los factores internos y externos, históricos y contemporáneos, que explican los principales problemas de la región y apunta, desde una perspectiva africana, cuales deben ser los elementos básicos de las estrategias de solución.*

---

Mbuyi KABUNDA BADI (\*)

---

(\*) Profesor de Relaciones Internacionales.

---

ESTUDIOS

---

## Introducción

Los análisis realizados durante las tres últimas décadas sobre la situación global del continente africano, destacan por el afropesimismo ilustrado por los llamativos calificativos utilizados para caracterizarlo: Africa "bloqueada", "en avería", "desorientada", "empobrecida", "saqueada", "explotada", "traicionada", "enferma de sí misma", "mal o contradesarrollada", "catástrofe permanente"... (cf. Gonidec, 1993:144; Kabunda, 1993a:23; Ela, 1994:21). En definitiva, según la oportuna terminología del antiguo presidente nigeriano, Olusegun Obasanjo, "Africa se ha convertido en el tercer mundo del Tercer Mundo" (cf. Chege 1992:164).

En la actualidad, en un mundo unipolar dominado por la imposición destructora del neoliberalismo y del poder del dinero con el capitalismo triunfante, Africa, que ha perdido cualquier importancia geoestratégica al desaparecer el bibloquismo este-oeste, se caracteriza por la marginación, convirtiéndose en la región más pobre y más miserable del planeta.

Todos los indicadores del Continente, tal y como se destaca en los informes del Banco Mundial y de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Africa (ECA), son alarmantes: extensión de la pobreza y de la hambruna, agudización de las desigualdades sociales, aumento del desempleo urbano y depauperización de los campesinos, deterioro de los servicios sociales básicos, desintegración de las infraestructuras, desórdenes políticos, graves y profundas tensiones internas, crisis del Estado y del desarrollo, etc.

Junto a las atroces guerras civiles, golpes de Estado, motines populares y la fuerte dependencia económica externa, estos tristes récords han de interpretarse como el resultado de la manipulación interna de un Estado importado, canibalizado por las clases cuyos conflictos suelen fundamentarse en descalificaciones personales y consideraciones tribalistas.

Ante la continuación de la violación de derechos humanos por unas dictaduras disfrazadas y sometidas a las coacciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, el Norte democrático prefiere alarmarse contra la subida de los integrismos religiosos, en particular contra los islámicos, dejando manos libres a los dirigentes corruptos y déspotas, considerados como imprescindibles para la salvaguardia de los intereses occidentales, en detrimento del desarrollo y del bienestar social locales.

Mediante el análisis de las prácticas políticas y económicas de los Estados

africanos, nos proponemos poner de manifiesto la crisis política y social del Continente, con énfasis en la influencia desastrosa de modelos exógenos de desarrollo impuestos por los organismos financieros internacionales, y en los efectos nefastos del desorden de la economía mundial.

## I. Manifestaciones y causas de la crisis política en Africa

Desde su acceso a la independencia, en la década de los 60, los Estados africanos se caracterizan por una extraordinaria inestabilidad política ilustrada por los golpes de Estado, unos sesenta durante las tres últimas décadas, las guerras civiles y rivalidades tribales, la fragilidad de los regímenes políticos basados en el partido único y la dictadura, la debilidad de los Estados y la precariedad de las unidades nacionales, es decir, una sucesión de fracasos y de desilusiones (de Gaudusson, 1992: 50) nacidos de crisis endémicas de crecimiento, de coyuntura, o de estructura (Thiam: 1982: 25).

### *1.1. Manifestaciones de la crisis política en Africa*

La crisis política en Africa se ha manifestado o se manifiesta en lo esencial, a través de la patrimonialización del Estado, la generalización e institucionalización del partido único, la multiplicidad de golpes de Estado, la informalización de la sociedad, las guerras civiles y las prácticas del genocidio.

#### *1.1.1. La patrimonialización del Estado*

Tanto en el Africa subsahariana como en el Magreb, el Estado poscolonial ha sido concebido sobre la base de un modelo "patrimonialista", consistente en el uso del poder público y económico por sus detentores formales (políticos, militares y funcionarios) para servir a los intereses particularistas y fortalecer el poder político en detrimento del interés general y del desarrollo nacional (cf. Médard, 1990: 25-36; 1992a: 323-353; 1992b: 125-133; Addi, 1990: 79-97), es decir la apropiación y la acumulación de los recursos disponibles por la autoridad pública para la promoción individual o de la familia (Médard; 1992c: 167).

De este modo aparece la "economía de la afección" basada en el clientelismo, nepotismo y corrupción que permiten a las élites confiscar el poder, utilizando a sus clanes respectivos cuyos intereses prevalecen sobre los demás (ver en par-

ricular los trabajos de Hydén 1980, 1986, 1987, 1988, 1990) excluidos del proceso de toma de decisiones y de la vida política nacional. El Estado africano poscolonial dominado por la mentalidad patrimonial, ajena y opuesta a la construcción estatal y al interés general, se ha convertido en un lugar caracterizado por la crónica inestabilidad política, como consecuencia de las frecuentes rivalidades y tensiones entre las élites (Mabileau y Lavroff, 1968: 321 y ss; Bayart, 1991: 213 y ss) para la conquista o el control del poder. Dichas rivalidades y tensiones constituyen el denominador común a todos los regímenes políticos africanos, que han fundamentado su legitimidad en la represión y la redistribución de prebendas procedentes de la ayuda externa, en especial de las agencias oficiales de cooperación al desarrollo, del Banco Mundial y del FMI.

En la opinión de Bayart (1991: 216-217), los programas de austeridad y la privatización impuestos por las instituciones de Bretton Woods en la década de los 80, serán utilizados por los Jefes de Estado en el sentido del fortalecimiento de sus poderes, confiando las empresas públicas a sus fieles y quitando las prebendas a los dignatarios poco dóciles y a los potenciales rivales, generando así graves tensiones en los círculos del poder.

### *1.1.2. La dictadura del partido único*

Durante casi un cuarto de siglo, desde 1965 hasta 1990, la mayoría de los Estados africanos, cualesquieran sean sus regímenes, adoptaron el sistema de partido único, considerado como el instrumento adecuado para forjar la conciencia nacional, promover el desarrollo económico y social, fortalecer el Estado y salvaguardar la independencia nacional.

En realidad, tal y como se destaca de las experiencias políticas africanas de los treinta últimos años, el partido único inspirado en la teoría y práctica del modelo marxista-leninista soviético, ha sido el instrumento de personalización o personificación del poder en el Jefe de Estado para instaurar regímenes autoritarios y el colonialismo interno.

Esta situación va a llevar al control de las estructuras del Estado (Ejército, administración pública, fuerzas de seguridad, política exterior) por una familia, tribu o clase determinada, en torno a la persona del Jefe de Estado. El partido único se convirtió así en el instrumento del tribalismo, regionalismo, clientelismo, enriquecimiento personal y dictadura, es decir de las prácticas contrarias al Estado de derecho.

El partido único, según la acertada observación de Koulibaly (1992: 21-22), favoreció el círculo vicioso del subdesarrollo y la violación de derechos humanos, al desanimar sistemáticamente a los ciudadanos de cualquier actividad productiva. En todas partes, las decisiones del Jefe de Estado y del partido prevalecen sobre la ley, los patrimonios del Estado y de las clases dirigentes se confunden, el clientelismo y el nepotismo se alimentan de prebendas, y la administración pública sirve de instrumentos de tráfico de influencia (Albagli, 1991: 162-163).

Todas estas prácticas injustas y de fortalecimiento de las desigualdades del partido único no sólo van a conducir a la desvinculación de la sociedad civil con el Estado, sino además engendrarán una situación insoportable generadora de acciones de indisciplina y de evitación de los mecanismos estatales por parte de las masas, con las consiguientes manifestaciones callejeras, escenas de violencia y huelgas.

Todo ello va a conducir al proceso actual de democratización, resultado de las presiones internas e internacionales. Dicho proceso, raras veces fiable al no manifestar los dirigentes africanos una voluntad real de cambio, ha desembocado en la celebración de Conferencias Nacionales (cf. Eboussi Boulaga, 1993) que, pese a renunciar al partido único y a los autoritarismos, y permitir elecciones más o menos libres o reformas democráticas, no han conducido a un cambio radical en el sentido de las aspiraciones populares. Muchos de los dictadores siguen conservando el grueso de sus poderes y órganos de represión, al considerarles necesarios el FMI y el Banco Mundial, para el éxito de los Programas de Ajuste Estructural (PAE) (Bayart, 1991: 225-226) y el reembolso de la deuda externa.

### *1.1.3. La multiplicidad de golpes de Estado*

La unidad política y el autoritarismo impuestos por el partido único, impidiendo cualquier forma de oposición abierta, va a convertir el golpe de Estado en la única alternativa de cambio.

La proliferación de golpes de Estado en el Continente, lejos de obedecer a las demandas de cambio de la sociedad civil, es el resultado de las contradicciones internas y de las luchas de influencia en las clases dirigentes o de los militares para realizar las ambiciones personales y tribalistas o poner fin a la corrupción del partido único. En ciertos casos, dichos golpes han sido dictados por la necesidad de hacer frente a la desintegración de las instituciones nacionales.

En uno u otro caso, los golpes de Estado se han llevado a cabo ante la indiferencia general de las masas, al suceder un grupo de usurpadores a otro de la misma calaña. A menudo, los nuevos dueños del Estado son peores que sus predecesores.

La multitud de intentonas golpistas fracasadas, reales o imaginarias, ha servido de excusa a los poderes establecidos para proceder a la eliminación física de los opositores y a la persecución de los clanes considerados como hostiles, como ocurrió en Guinea Conakry bajo el régimen de Ahmed Sékou Touré, en Burundi en 1972, en Zaire en 1975, en el Chad en 1979 y hace escasos meses en Ruanda y Burundi, etc.

Ante la ineficacia de los golpes de Estado nacidos de las contradicciones étnico-regionales y de las guerras civiles (Lemarchand, 1991: 208), las masas han procedido a las sublevaciones populares contra los regímenes políticos y las situaciones de miseria, y los jóvenes han desarrollado comportamientos de indisciplina. Ambas actitudes, según Ela (1994: 11), se inspiran en la tradición africana de la resistencia y no en el discurso de La Baule (1), al limitarse la "paristroika" a una actitud de prudencia y de reserva para preservar los intereses franceses y las amistades creadas durante los treinta últimos años en el Continente, contra los "desórdenes" producidos por los partidos de la oposición y los jóvenes que amenazan a los aliados déspotas (cf. Brunel, 1993: 79; Fottorino, Guillemin y Orsenna, 1994: 343-345), es decir, la misma actitud que la del FMI y el Banco Mundial.

#### *1.1.4. La informalización de la sociedad*

Frente a la concertación entre los gobiernos del Norte, las instituciones de Bretton Woods y los dirigentes africanos para imponer a los pueblos las duras leyes del mercado y los PAE, que obedecen ambos a las racionalidades externas y a los factores exógenos contra la endogeneidad y la horizontalidad, las masas han reaccionado con la adopción de estrategias de supervivencia, mediante el escapismo de los mecanismos oficiales, la informalización de la economía y la proliferación de actividades independientes.

---

(1) En esta ciudad gala con motivo de la celebración de la cumbre franco-africana, en junio de 1990, el Presidente Mitterrand relacionó la ayuda francesa a los países africanos con el respeto de los derechos humanos y la reformas democráticas

La autodestrucción a mano de las burguesías locales (cf. Ayittey, 1992: que han convertido los vicios (cobardía, mediocridad, mezquindad, pereza) en virtudes, ha conducido a las masas a recuperar su africanidad con actividades de creatividad como soluciones a los problemas de pobreza, soluciones incomprensibles por los expertos occidentales de los problemas de desarrollo.

Esta informalización que asegura la vida diaria a más del 80% de la población, es una estrategia de sustitución ante la incapacidad del Estado de crear empleos y de promover el desarrollo.

La exclusión de la sociedad civil por el Estado ha engendrado movimientos populares de protesta, encabezados por los jóvenes y los estudiantes decepcionados por los fracasos de las políticas económicas y sociales gubernamentales, y condenados al paro, la delincuencia y la droga.

### *1.1.5. Las guerras civiles y las prácticas del genocidio*

Desde su acceso a la independencia hasta la actualidad, los países africanos han sido el escenario de innumerables y sangrientos conflictos interestatales e intraestatales, que no es siempre fácil inventariar y clasificar.

El carácter artificial y arbitrario de las fronteras coloniales explica las guerras entre los Estados poscoloniales, guerras nacidas de los irredentismos de las nacionalidades separadas por el reparto colonial, y de las reivindicaciones territoriales. Para limitarnos sólo a las más llamativas, cabe mencionar: la guerra entre Argelia y Marruecos; los conflictos entre Marruecos y Mauritania, entre Libia y Túnez; las guerras entre Somalia y Etiopía, entre Libia y el Chad, entre Malí y Burkina Faso, entre Uganda y Tanzania; los conflictos entre Somalia y Kenia, entre Togo y Ghana, entre Benin y Niger, entre Camerún y Nigeria. Los conflictos fronterizos se han multiplicado pese a la adopción por los países africanos del principio de la intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización, de la OUA. Principio sistemáticamente violado, como lo demuestran los análisis de Benmessaoud Tredano (1989: 189 y ss) y Huenu (1983: 329-347), en nombre del mito de la construcción de Estados-naciones.

Surgidos en contexto de la Guerra Fría, la mayoría de estos conflictos y guerras han sido avivados o superficialmente mantenidos por las potencias extranjeras en función de intereses ideológicos, estratégicos o económicos (Huenu, 1983: 341).

En cuanto a las guerras civiles internas, unas han tomado la forma de guerras de secesión por razones económicas (Katanga/Shaba en Zaire) más o menos

combinadas con la recuperación de una conciencia étnica precolonial (los ibos de Biafra en Nigeria) o la autodeterminación de un pueblo (los somalíes del Oga-den y los saharauis del Sahara Occidental). Otras han nacido de las políticas oficiales de exclusión o de la búsqueda de la hegemonía (los hutus en Burundi, los tutsis en Ruanda, las poblaciones del norte en el Chad, las poblaciones del sur en Sudán, las poblaciones del este y del Bandundu en Zaire, los tuaregs en Malí y Níger). Y otras son vestigios de las guerras de liberación con una cierta connotación ideológica o han surgido de la rivalidad entre las facciones para el control del poder estatal, incluso para la "segunda independencia" (Angola, Mozambique, Somalia, Liberia). En el caso de Ruanda y Burundi, estas guerras han desembocado en genocidios mutuos entre la mayoría hutu y la minoría tutsi.

En resumen, las causas de los conflictos en Africa (cf. Zartman, 1990: 15 y ss; Albagli, 1991: 164) son esencialmente las siguientes: las luchas internas nacidas de la descolonización; los conflictos históricos con connotación ideológica, étnica o racial; los movimientos de liberación nacional poscoloniales para la conquista del poder; la contestación de las fronteras arbitrarias; la voluntad de expansión y de hegemonía regional de ciertos Estados; las alianzas externas y la provisión del Continente en materiales bélicos.

A todas estas causas, cabe añadir las guerras civiles larvadas procedentes de la exclusión de la participación popular en el ejercicio del poder la deslegitimación de los poderes establecidos por las fuerzas políticas tradicionalistas y modernistas, y las frustraciones nacidas de la insatisfacción de las necesidades básicas, es decir, de la agravación del subdesarrollo económico y social. La desestabilización del orden vigente injusto se convierte en la principal meta de los partidos de la oposición y de las bandas armadas.

Africa se convierte así en la región caracterizada por la violación de los derechos humanos más elementales, con un triste récord del número de refugiados y de personas desplazadas (de Morales: 1992-93: 185): ¡dos de cada tres refugiados en el mundo son africanos!

### *1.2. Causas de la crisis política en Africa*

A la luz del análisis que precede, es obvio que la crisis política en Africa se origina en el "carácter no acabado y en vías de desarrollo de los Estados africanos, tanto a nivel internacional como interno" (Zartman, 1990: 15). Dicho de otra manera, las causas de dicha crisis son internas y externas.

### *1.2.1. Las causas internas*

Productos de la colonización y de las rivalidades europeas del siglo pasado, los Estados africanos actuales están constituidos por sociedades nacionalmente mal integradas, con la consiguiente dialéctica permanente entre los particularismos étnicos y la construcción nacional (cf. Kabunda, 1993b: 25-29).

Las rivalidades intertribales avivadas por las potencias coloniales para sentar su dominación, resurgen, tras el breve consenso de la lucha nacionalista anticolonial, para desembocar en el tribalismo que caracteriza a la vida política de los nuevos Estados, con fuerzas centrifugas que obstaculizan la unidad nacional (Mabileau y Lavroff, 1968: 332).

El Estado africano poscolonial, creado sobre la base del modelo del "centralismo unificador de origen napoleónico", carece así de base nacional o de legitimidad sociológica, al pertenecer el africano ante todo a su grupo étnico excluyendo a menudo su pertenencia forzosa a un conjunto más amplio.

En su búsqueda de forjar un sentimiento de vida común o de la integración nacional, mediante la creación de un Estado-nación, los nuevos gobiernos se enfrentarán a los particularismos y antagonismos tribales, esta vez manipulados por las élites y las fuerzas políticas en sus luchas por el control del poder y por la realización de sus ambiciones personales y aspiraciones económicas.

De ahí las constantes tensiones internas, que se explican por las resistencias étnicas y el colonialismo interno de los gobernantes sin ningún sentido del Estado y del interés general. Para someter a las distintas nacionalidades, que constituyen la inmensa mayoría, dichos gobernantes recurren al autoritarismo estatal, convirtiendo el monopolio de la violencia por el Estado en la fuente de sus privilegios. El tribalismo, la corrupción, el nepotismo, la concusión, el favoritismo y la represión se erigen en modos de gobierno y caracterizan los comportamientos y acciones de los dirigentes.

René Dumont recalca la responsabilidad de Occidente en esta inédita capacidad de destrucción y autodestrucción de los dirigentes africanos, al puntualizar: "somos responsables de dominación cultural, porque los dirigentes africanos son nuestros alumnos, si han logrado arruinar Africa, es porque no sabían hacer otra cosa que lo que nosotros les habíamos enseñado. Estas personas han venido a Europa y a América para realizar sus estudios. Al mismo tiempo, se han sentido seducidas por nuestro modelo de desarrollo y hemos hecho todo lo posible para estimularles en esa dirección" (1984: 4).

Formados y colocados en el poder por los colonizadores, estos dirigentes controlan las estructuras del Estado apoyándose en sus familiares y seguidores respectivos mantenidos a través de los puestos de trabajo en la administración pública plétórica, prebendada y prevaricadora (Pisani, 1988: 27).

El Estado africano, integrado por un mosaico de nacionalidades, está debilitado a nivel interno por todas estas prácticas, que lo erigen en fuente de poder y enriquecimiento particulares (Iniesta; 1991: 498) y en instrumento de frustración de los excluidos.

Según la acertada observación de Edgar Pisani (1988: 23), la especificidad de Africa en comparación con las demás regiones del mundo, la nación como fenómeno sociológico no ha precedido al Estado como fenómeno jurídico. De ahí los desequilibrios multiformes basados en la falta de conciencia nacional y generadores de frecuentes crisis políticas internas.

El carácter importado y excéntrico del Estado que no está interiorizado por las masas y por los dirigentes, lo convierte en una mera "estructura burocrática de explotación y de opresión", en manos de sus dueños o de los que pretenden acceder a él. Tanto el desarrollo económico como la democracia son ajenos a la naturaleza y lógica del Estado africano, concebido para perpetuar los intereses neocolonialistas extranjeros en convivencia con las oligarquías locales.

### *1.2.2. Las causas externas*

La crisis política africana que se fundamenta esencialmente en las prácticas internas del poder carentes de un mínimo de ética, también se explica por los factores externos, que influyen en los actores locales y en sus concepciones marcadas por los centros de poder mundial.

El Estado africano, internamente deslegitimado por razones históricas y sociológicas arriba esbozadas, será aún más debilitado por los modelos neocolonialistas extrovertidos impuestos por el Norte, las actividades de las multinacionales y los Programas de Ajuste Estructural (PAE) del Banco Mundial y del FMI. Todos estos centros, que abogan por la mundialización del neoliberalismo, van a proceder a la recolonización del Estado africano, quitándole cualquier capacidad de ejercicio de la soberanía interna y externa. De este modo, se consumará la ruptura entre la sociedad civil y el Estado, que privilegia las soluciones externas a los problemas internos.

Los modelos de desarrollo impuestos a los países africanos no suelen tener

un contenido popular sino elitista, con los famosos “elefantes blancos”, realizados con la cooperación y la ayuda del Norte y dictados por los únicos intereses estratégicos y económicos de los países financiadores (Pisani, 1988: 31). Esta prioridad dada a las infraestructuras de la modernidad para una minoría junto a las relaciones privilegiadas de las élites con las antiguas metrópolis (cf. Saxena, 1982: 18 y ss), fuentes de su apoyo y legitimidad, favorecerá la depauperización de las masas, política y socialmente excluidas. Estas son cada vez más pobres en relación con el período colonial, como consecuencia de la explotación del orden mundial dominante con el que colaboran sus dirigentes. Esta dependencia externa de las élites les desacreditará ante los pueblos, que les consideran como “nuevos colonos”, al reproducirse el modelo de dominación política y social colonial.

Las multinacionales occidentales, con sus “primas de docilidad” a los gobiernos africanos, para seguir con la explotación en su beneficio de los recursos del Continente y la transferencia de capitales hacia el Norte, ejercen una clara hegemonía sobre los Estados africanos (Decraene, 1982: 119), excluidos de los centros mundiales de iniciativas y decisiones. El deterioro de los términos de intercambio que favorecen en los mercados internacionales de productos básicos, principales fuentes de ingresos de los países africanos, ha hecho perder a los poderes establecidos las bases clientelistas y de distribución de prebendas en las que fundamentaban sus legitimidades, como consecuencia de la disminución de rentas. Al favorecer la dependencia externa en detrimento de las necesidades fundamentales de las poblaciones locales, las multinacionales, pues, han debilitado la legitimidad interna de los Estados africanos.

Este efecto debilitante será aún más acentuado por los PAE vinculados con el reembolso de la deuda externa (Emmerij, 1993: 115), contraída décadas anteriores a los acreedores oficiales y comerciales occidentales por los dirigentes africanos para sus bienes de consumo y malgastada en las inversiones improductivas.

Estas políticas, en lo esencial economicistas y monetaristas, basadas en la desestatalización, la privatización y la orientación externa de la producción africana, han empobrecido a las poblaciones africanas y son responsables de la agravación de la miseria en el Continente (cf. Watkins, 1994: 90, Guillet y Iwens, 1994: 125, Kanyoro, 1994: 43).

La reducción del papel del Estado (menos Estado) junto al recorte drástico de los gastos públicos en los servicios sociales esenciales, va a tener dos graves consecuencias: la desestabilización interna del Estado, que pierde las bases

políticas y sociales de su existencia, al ser colocado bajo tutela internacional de las instituciones financieras internacionales y al generar descontentos populares por sus medidas impopulares (Brunel, 1993: 76); y el fortalecimiento de la capacidad de represión del Estado limitado a la mera función del mantenimiento del orden. De este modo, las instituciones de Bretton Woods favorecen las prácticas antidemocráticas, la exclusión de la participación popular y la instauración de regímenes fuertes, considerados como los únicos capacitados para realizar los PAE (cf. Kabunda, 1994: 113-142).

## II Manifestaciones y causas de la crisis social en Africa

La crisis social en Africa está íntimamente vinculada con la crisis política, tanto en sus manifestaciones como en sus causas, con los mismos actores o protagonistas. Por consiguiente, nos limitaremos en este apartado a subrayar sólo los aspectos sobresalientes y específicos del colapso social.

### 2.1. Manifestaciones de la crisis social en Africa

De todo el Tercer Mundo, Africa, sobre todo en su parte subsahariana, aparece como el Continente en el que las condiciones de vida son peores y donde las perspectivas del futuro son cada vez más dramáticas.

La imagen que Africa da al mundo es la de una región caracterizada por la miseria, la pobreza y el empeoramiento de las condiciones sociales: escandalosas desigualdades sociales; drama alimentario y graves hambrunas; malnutrición crónica; analfabetismo y educación cada vez más mediocre; aumento del paro; fuerte mortalidad infantil; marginación y esclavitud de la mujer; depauperización y exclusión del mundo rural y de los campesinos que representan del 60 al 80% de la población total; récord del número de refugiados; urbanización incontrolada que convierte las grandes ciudades en focos de insalubridad, inseguridad, delincuencia, prostitución y criminalidad; deterioro sistemático de la sanidad pública y aparición de graves epidemias, etc. En pocas palabras y según Wolfson (1985: 107), la situación económica y social del Africa subsahariana no se ha mejorado y en ciertos casos se ha deteriorado completamente.

De aquí a finales del siglo, según las estimaciones del Banco Mundial, el número de pobres en Africa aumentará en un 50%. De los 40 países en el mundo, en los que el desarrollo económico, social y humano es más difícil, 32 son

africanos; y de los 27 Estados donde el sufrimiento humano está considerado como el más extremo, 20 son africanos.

Este panorama sombrío viene ilustrado por la dramática situación en los aspectos de la sanidad, educación, alimentación, empleo y urbanización.

La situación sanitaria de Africa es desastrosa. Existe un promedio de un médico para 25.000 habitantes, mientras que en Europa este promedio es de 4 médicos para 1.000 habitantes. 8 de cada diez niños se mueren antes de un año de edad. Los hospitales no aseguran los cuidados más elementales como consecuencia de la reducción de los gastos públicos consagrados a la sanidad y de la caída de las importaciones de productos farmacéuticos. En muchos países, los gastos para la compra de medicamentos representan menos del 5% del presupuesto consagrado a la sanidad (Jespersen, 1992: 43), que es de 10 dólares anuales por habitante (Chenel y Mabire, 1993: 363). Entre 6 y 10 millones de personas están afectadas por el Sida, lo que corresponde al 5% de la población total del Africa Central y Oriental. La lucha contra dicha epidemia ocupa lo esencial de los ya escasos recursos y del personal médico en detrimento de los demás aspectos de la sanidad, además de sus grandes costes sociales, con millones de niños huérfanos ocasionando consecuencias devastadoras para las familias (Jespersen, 1992: 45). El agua ya no es potable en las grandes ciudades donde existen graves problemas de higiene.

A pesar de importantes reformas innovadoras realizadas en el aspecto de la educación en muchos países africanos, los sistemas educativos siguen fundamentándose en las lenguas y modelos culturales extranjeros, sin ninguna adaptación a los problemas de desarrollo de los pueblos y de los países africanos (cf. Cornia y de Jong, 1992: 293). La escuela africana se ha convertido así en un instrumento de inculcación en las élites de los valores ajenos y de servilismo en las masas.

En la actualidad, el sistema educativo africano de inspiración occidental, colonial y neocolonial, está en quiebra, no sólo por su inadecuación al permitir a las élites, extranjeros y colonos en el seno de sus pueblos, servirse de su capital cultural para tener acceso al poder político y económico (cf. N'da, 1987: 45-46), sino además por su creciente pérdida de calidad y exclusión de los niños africanos. Estas son consecuencias de los recortes de gastos públicos consagrados a la educación, que han pasado de 33 dólares anuales por habitante en 1980 a menos de la mitad de este monto en 1988 (Jespersen, 1992: 37-38), la supresión por el Estado de la gratuidad de la enseñanza y la disminución sensible *de*

sueldos de los profesores. En este contexto en el que los ingresos familiares son fuertemente limitados, muchos niños, y sobre todo niñas, serán retirados de las escuelas para participar en las actividades de supervivencia de las familias.

En muchos países africanos, entre el 50 y 75% de la población subsiste a un nivel de "pobreza absoluta", con una tasa de crecimiento de la población (3,1% al año) superior a la de la producción alimentaria (2,1%) (Wolfson, 1985: 110). De ahí la malnutrición o la insuficiencia alimentaria que afecta al 70% de niños africanos. 125 millones de africanos sufren de hambre y 40 millones están amenazados de muerte por la misma razón (cf. Wurtz, 1993: 142). Esta malnutrición crónica, fuente de la mortalidad infantil y de las epidemias, afecta, según un estudio del Banco Mundial en 1988, entre el 40 y el 50% de la población de cada Estado africano, que sufre de anemia (cf. Chenel y Mabire, 1993: 355). Dicho de otra manera, más de 300 millones de africanos sobre 650 sufren de malnutrición, según la FAO (cf. Coutrot y Husson, 1993: 79). La esperanza de vida es de 51 a 52 años, frente a 74 años en los países del Norte (cf. Lazarev, 1993: 80). Todo ello tendrá un efecto negativo en el desarrollo futuro de las capacidades de trabajo del Continente.

La exclusión de las zonas rurales (deterioro de las carreteras y otras infraestructuras rurales, degradación de los servicios sociales en las zonas rurales, recortes públicos en las subvenciones a los productores agrícolas) y las políticas gubernamentales de bajo precio de los productos agrícolas, conducirán al éxodo rural masivo con las subsiguientes explosión urbana y altas tasas de desempleo, sobre todo de los jóvenes. El desarrollo del sector informal, que escapa totalmente al control del Estado y de la contabilidad oficial, será la consecuencia directa de esta situación. Este sector que es el que realmente funciona en muchos países africanos, asegura la supervivencia y el empleo a más del 80% de la población. Pese al hecho de ser un "reflejo social" creativo (Ela, 1994: 62) y generador de ingresos y trabajo (Hugon, 1993: 232), el sector informal no ha engendrado empleos productivos y ha contribuido a las desigualdades de ingresos en las zonas urbanas (Jespersen, 1992: 29). En la mayoría de los casos, se ha limitado a las actividades de supervivencia sin conseguir la acumulación interna de capitales o la promoción de las inversiones colectivas.

Por último, las ciudades africanas en las que se ha concentrado el 39% de la población, se han convertido en los lugares de tensiones étnicas y sociales, investidos por las actividades informales de las mujeres y de los jóvenes, que deciden ellos mismos encargarse de la gestión o administración de sus barrios

abandonados por los poderes públicos. Alejan sus contribuciones sociales de la avaricia de la autoridad oficial más interesada por la construcción de lujosas residencias privadas que por la organización de servicios públicos (Coquery - Vidrovitch, 1993: 17). Esta sobreurbanización o urbanización popular (Copans, 1991: 149) e informal convierte a las grandes ciudades africanas (Lagos, El Cairo, Kinshasa, Abiyán, Luanda...) en focos de desorden, inseguridad y prostitución, que han de interpretarse como reajustes populares ante la ineficiencia del Estado de asegurar los servicios colectivos mínimos. En todas estas ciudades faltan los servicios sociales o se han vuelto inadecuados. Los nuevos modos de consumo desarrollados por las poblaciones urbanas han aumentado las importaciones costosas, sobre todo de los alimentos.

## *2.2. Causas de la crisis social en Africa*

La ruina social en Africa, arriba diagnosticada, se origina en los factores naturales, políticos e internacionales.

Los factores naturales consisten en las sequías que han afectado en las últimas décadas a importantes regiones del Continente (Cuerno de Africa, Africa Oriental y Austral, el Sahel), con los consiguientes desplazamientos de poblaciones y hambrunas.

A ello cabe añadir los conflictos armados o las guerras civiles en Etiopía, Mozambique, el sur de Sudán, Somalia, Liberia, Chad, Uganda, Angola, Burundi, Ruanda... con millones de víctimas, muertos de hambre, asesinados o expulsados de sus hogares. Los casos más flagrantes son los de la Guinea-Conakry de Sékou Touré y de la Guinea Ecuatorial de Macías Nguema, que condenaron a más de la tercera parte de sus poblaciones respectivas al exilio. El mismo fenómeno se está reproduciendo en Ruanda y Burundi.

Las políticas nacionales oficiales de exclusión tribal, social o confesional, son responsables de los conflictos sociales de origen étnico (cf. Villalón, 1991: 513-526), que se multiplican en Africa, para la captación y redistribución de los limitados y precarios recursos materiales e inmateriales (Copans, 1991: 150-151) en cada país, a través del control del Estado.

Las élites afro-occidentalizadas han adoptado políticas de desarrollo que han favorecido el paro y la pérdida del poder de compra de las masas, políticas basadas en el descuido de las demandas sociales y populares, principal causa de la decadencia del Estado.

Las relaciones comerciales y financieras externas en las que los Estados patrimonializados han fundamentado sus bases económicas, también explican la crisis social en Africa. La marginación comercial del Continente y la reducción del acceso de los países africanos a las financiaciones externas disminuirán sus bases clientelistas, con la pérdida de su legitimidad social (Hugon, 1993: 245).

La sumisión de los gobiernos africanos a los PAE, que dan prioridad a la gestión de los déficit financieros y a la reinstauración de la solvencia externa de los Estados, les va a conducir a proceder a los recortes drásticos en los presupuestos consagrados a los aspectos sociales (sanidad, educación, formación...), y a la supresión de las subvenciones a los servicios sociales básicos (agua, electricidad...) y a los bienes de consumo de primera necesidad (pan, aceite, jabón...). Como consecuencia se han fortalecido los sufrimientos humanos con el paro y la disminución del poder adquisitivo de las masas, nacidos de las medidas de privatización impuestas por las instituciones de Bretton Woods. De ahí los descontentos y las frustraciones populares, que consagran el divorcio total entre la sociedad civil y el Estado que al colaborar con el Banco Mundial y el FMI, ha destruido su ya bastante frágil fundamento social.

El modelo neoliberal en el que se fundamentan dichas instituciones no es generalizable a nivel de todo el planeta. Está dirigido contra la creatividad y el dinamismo internos de los actores sociales y sus iniciativas, y no corresponde a las necesidades urgentes y populares de sanidad y educación de los países africanos.

### **Conclusión**

La crisis política y social en Africa es hija de la crisis del Estado, un Estado que nunca ha planteado el problema de desarrollo en términos de ruptura y que ha hecho de la violencia interna un modo de gobierno.

La superación de dicha crisis pasa por la previa reflexión sobre la naturaleza y el papel de dicho Estado, un Estado con estructuras económicas neocoloniales y sometido a los intereses sociales de ciertos grupos que controlan los instrumentos de opresión y de mantenimiento de las desigualdades, heredados de la colonización o cedidos por el Norte.

La reestructuración de dicho Estado se impone como prioridad, mediante importantes cambios en sus concepciones y prácticas. Ha fracasado, según la acertada puntualización de Jean-Marc Ela (1994: 211), no por su intervencio-

nismo, sino por su patrimonialización de la economía. Se trata ahora de revisar las relaciones entre el poder y las riquezas, en términos del mismo autor, mediante una solución radical: "regímenes, reglas político-administrativas, políticas y dirigentes nuevos" (Emmerij, 1993: 116), con sentido de Estado.

Esta renovación global y total ha de fundamentarse en la institucionalización de lo informal-popular para salvaguardar sus adquisiciones sociales y aumentar los ingresos del Estado; la reforma de las empresas públicas y no su privatización para promover el Estado de bienestar social, es decir, según Mkandawire (1992: 354-355), un Estado de derecho fuerte, capaz de enfrentarse a los grupos de interés que lo han empobrecido y debilitarlos; y la inédita integración regional cuya urgencia está recomendada por varios autores (cf. en particular Hueni, 1983: 346; Stewart, 1992: 368; Coquery-Vidrovitch, 1993: 17; Emmerij, 1993: 115; Kabunda 1993a; Ela, 1994: 213; Mazrui, 1994) para oficializar el panafricanismo horizontal de las masas, resolver el problema de la estrechez de los mercados internos de los países africanos y la crisis interna del "Estado-unión", constituir un frente común ante las instituciones de Bretton Woods y la deuda externa, y desactivar los intentos actuales de recolonización externa del Continente.

Sin circunloquios y expresada de una manera circunspecta, la reestructuración interna y externa del Estado africano, como alternativa a su manipulación endógena y exógena, pasa por la adopción del "endofederalismo" y "exofederalismo".

El "endofederalismo" supone la institucionalización de un Estado central de derecho en cada país, respetuoso de las identidades y aspiraciones de las nacionalidades en un marco plurinacional. Es la única manera de poner fin al proceso actual de desconexión interna, como reacción al colonialismo interno, al bandidismo social y a la canibalización del Estado por una minoría tribal o social, que ha confiscado el poder político y económico.

La reestructuración democrática interna tendrá como punto de partida la sustitución de los dirigentes actuales irresponsables, con prácticas excluyentes y clientelistas, al entregar a sus pueblos a la explotación del sistema internacional, por los dotados de la legitimidad sociológica, democráticamente elegidos y encargos de la defensa y coordinación de los intereses de las distintas nacionalidades.

En definitiva, se trata de crear la unidad en la diversidad, mediante la conciliación de la legitimidad tradicional a la que se remite el africano y la necesidad de desarrollo y modernización concertados a nivel nacional. Es decir, la canalización de los problemas comunes hacia un Estado central capacitado y dotado

de recursos suficientes, dejando un espacio a las soluciones locales para las cuestiones específicas. Se favorecerá así la autoorganización y la subsiguiente disminución de las tensiones internas y guerras civiles.

El "exofederalismo" o reestructuración regional en el sentido de la instauración de la complementariedad e interdependencia de los Estados africanos, viene dictado por el carácter minúsculo, subpoblado y económicamente inviable de dichos Estados, incapaces de desarrollarse de una manera individual y excluidos de los centros internacionales de decisiones e iniciativas.

La impotencia e inexistencia de Africa ha sido puesta de manifiesto, entre otros acontecimientos, por la devaluación del franco CFA (moneda de los países africanos antiguas colonias francesas) decidida por Francia y las instituciones de Bretton Woods; y por la pasividad de los Estados africanos ante el drama de Ruanda resuelto por las potencias extraafricanas. Se impone ahora una regionalización endógena y no extrovertida, por medio de la institucionalización del panafricanismo popular, que actúa por encima de las fronteras artificiales y arbitrarias coloniales, conforme al comunitarismo tradicional africano. Se trata de hacer coincidir las fronteras políticas con las culturas populares, a través de la creación de grandes espacios de soberanía política y económica.

Esta urgencia de supranacionalización no sólo fortalecerá la emergencia de un poderío africano en el sistema internacional, organizado en torno a los mercados regionales y continentales, y la creación de economías de escala al servicio de las necesidades de los pueblos africanos, sino que además resolverá la crisis interna del Estado africano, evitando la repetición de las aberraciones actuales ilustradas por las guerras de Angola, Liberia, Somalia, Burundi, Ruanda, etc.

## Bibliografía

- ADDI, L. (1990). "Forme néo-patrimoniale de l'Etat et secteur public en Algérie", pp. 79-97, en H. El Malki y J.C. Santucci (comp) *Etat et développement dans le Monde Arabe. Crises et mutations au Maghreb*. CNRS. París.
- ALBAGLI, C. (1991). *Economie du développement. Typologi des enjeux*. Litec. París.
- AYITTEY, G.B.N. (1992). "La autodestrucción de Africa (1 y 2)". *Cinco Dias*. 16 y 17 de diciembre.
- BAYART, J.F. (1991). "L'Etat" pp. 213-230, en C. Coulon y D.C. Martín. *Les Afriques politiques*. La Découverte. París.
- BENMESSAOUD TREDANO, A. (1989). *Intangibilité des frontières coloniales et espaces étatiques en Afrique*. LGDJ. París.
- BRUNEL, S. (1993). *Le gaspillage de l'aide publique*. Seuil. París.
- CHEGE, M. (1992-93). "Memorias de Africa", *Política Exterior*, volumen VI, número 30, 162-179.
- CHENEL, F. y J.C. MABIRE (1993). "Famines et maladies en Afrique", pp. 349-363, en T. de Montbrial y P. Jacquet (dir.) *Ramses 94*. DUNOD-IFRI. París.
- COQUERY-VIDROVITCH, C. (1993). "Quand l'essor du secteur informel se nourrit des acquis du passé". *Le Monde Diplomatique*. Mayo de 1993.
- CORNIA, G.A. y J. DE JONG (1992). "Mesures pour revivifier le développement des ressources humaines", pp. 287-316, en G.A. Cornia con T. Mkandawire y R. van der Hoeven (dir.) *L'Afrique vers la reprise économique. De la stagnation et l'ajustement au développement humain (Une étude de l'Unicef)*. Economica. París.
- COUTROT, T. y M. HUSSON (1993). *Les destinées des Tiers Mondes: Analyse, bilan y perspectives*. Nathan. París.
- DECRAENE, P. (1982). *Vieilles Afriques. Jeunes Nations*. PUF (Perspectives internacionales). París.
- DUMONT, R. (1984). Entrevista con M. Leclercq. *Paris Match*. Número 16533. Enero de 1984.
- DE GAUDUSSON, J.B. (1992). "Trente ans d'institutions constitutionnelles et politiques. Points de repère et interrogations". *Afrique contemporaine*. Octubre-diciembre de 1992.
- DE MORALES, A. (1992-93): "El continente negro en regresión", *Política Exterior*, op. cit, 180-190.
- EBOUSSI BOULAGA, F. (1993). *Les Conférences Nationales en Afrique Noire. Une affaire à suivre*. Karthala. París.
- Ela, J.M. (1994). *Afrique: L'irruption des pauvres. Société contre Ingérence. Pouvoir et Argent*. L'Harmattan. París.
- EMMERIJ, L. (1993). *El enfrentamiento Norte-Sur. Un polvorín en el mundo moderno*. (Traducción de Sandra y Fernando Schiumerini). Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.

- FOTTORINIO, E., CON C. GUILLEMIN Y E. ORSENA (1994). *Besoin d'Afrique*. Fayard. París.
- GONIDEC, P.F. (1993). *L'OUA: trente ans après*. Karthala. París.
- GUILLET, I., Y J.L. IWENS (1994). "50 ans de Bretton Woods et la lutte contre la pauvreté en Afrique subsaharienne". *Dossier CADIM-GRESEA*. Número 12, 3º trimestre de 1994, 124-128.
- HUENU, C. (1983). "La question de l'Etat et de la nation en Afrique". *Présence Africaine*. Números 127-128, 3º y 4º trimestres de 1983, 329-347.
- HUGON, P. (1993). "La crise des systèmes urbains et l'ajustement structurel". *Afrique contemporaine*. Octubre-diciembre de 1993, 231-249.
- HYDÉN, G. (1980): *Beyond Ujamaa in Tanzania. Underdevelopment and an Uncaptured Peasantry*. Heineman. Londres, Ibadan, Nairobi.
- 1986: "The Anomaly of the African Peasantry". *Development and Change* (SAGE), volumen 47.
- 1987: "Final rejoinder". *Development and Change* (SAGE), volum. 18, 661-667.
- 1988: "Governments and agricultural markets in Africa" *Toward a Political Economy of Development*. University of California Press. Los Angeles, Londres, Berkeley.
- INIESTA, F. (1991). "Africa, ¿transición a la democracia?" *Anuario CIDOB 1991*, 491-503.
- JESPERSEN E. (1992). "Chocs externes, politiques d'ajustement et réalisations économiques et sociales", pp. 11-58, en G.A. Cornia con T. Mkandawire y R. ban der Hoeven, *op. cit.*
- KABUNDA BADI, M. (1993a). *La integración africana. Problemas y perspectivas*. AECI. Madrid.
- 1993b: "La dialéctica entre la pertenencia étnica y la construcción nacional en Africa". *Exodo*. Número 21. Noviembre-diciembre de 1993, 25-29.
- 1994: "Los Programas de Ajuste Estructural en Africa: incoherencia e irrealidad", pp. 113-142, en C. Vaquero (comp.) *Desarrollo, Pobreza y Medio Ambiente*. FMI, Banco Mundial, GATT al final del siglo, Talasa. Madrid.
- KANYORO, M. (1994). "Effects on Peoples / Proposals for Change-Africa", pp. 43-47, *The South and the Bretton Woods Institutions*. Sub-Committee on the South of the Special NGO Committee on Development. Ginebra.
- KOULIBALY, M. (1992). *Le Libéralisme: Nouveau départ pour l'Afrique Noire*. L'Harmattan. París.
- LAZAREV, G. (1993). *Vers un éco-développement participatif*. L'Harmattan. París.
- LEMARCHAND, R. (1991). "La violence politique", pp. 201-212, en C. Coulon y D.C. Martín, *op. cit.*
- MABILEAU, A., Y D.G. LAVROFF (1968). "Le pouvoir politique en Afrique Noire", pp. 321-358, en M. Merle (dir.) *L'Afrique noire contemporaine*. Librairie Armand Colin. París.

- MAZRUI, A.A. (1994). "Peut-on éviter la recolonisation". *Jeune Afrique*. 1-7 de septembre, 20-21.
- MEDARD, J.F. (1990). "L'Etat patrimonialisé". *Politique africaine*, núm. 39, 25-36.
- 1992a: "L'Etat néo-patrimonial en Afrique noire" pp. 323-353, en J.F. Médard (comp.) *Etats de l'Afrique noire. Formations, mecanismes et crise*. Karthala. Paris.
- 1992b: "L'Etat postcolonial en Afrique noire: l'interprétation néo-patrimoniale de l'Etat". *Studia Africana*. Febrero de 1992, 125-133.
- 1992c: "Le Big Man en Afrique: Esquisse d'analyse du politicien entrepreneur". *Année Sociologique*. Numéro 42, 167-192.
- MKANDAWIRE, T. (1992). "L'économie politique du développement à visage démocratique", pp. 345-363, en G.A. Cornia, con T. Mkandawire y R. van der Hoeven, *op. cit.*
- N'DA, P. (1987). Pouvoir, Lutte de classe, Idéologie et Milieu intellectuel africain. *Presence Africaine*. Paris.
- PISANI, E. (1988). *Pour l'Afrique*. Odile Jacob. Paris.
- SAXENA, S.C. (1982). *Foreign Policy of African States. Politics of Dependence and Confrontation*. Deep and Deep Publications. Nueva Delhi.
- STEWART, F. (1992). "Une politique à court terme pour le développement à long terme", pp. 365-390, en G.A. Cornia, con T. Mkandawire y R. van der Hoeven, *op. cit.*
- THIAM, I.D. (1982). "Les problèmes internationaux et régionaux de l'Afrique Noire". *Le Mois en Afrique*. Enero-febrero de 1982, 16-34.
- VILLALON, L.A. (1991). "Africa 1991: Conflictos sociales de origen étnico". *Anuario CIDOB 1991, op. cit.*, 513-526.
- WATKINS, K. (1994). "La Banque mondiale et le FMI responsables de la misère en Afrique". Dossier CADIM-GRESEA, *op. cit.*, 90-93.
- WOLFSON, M. (1985). "La population et la pauvreté en Afrique subsaharienne", pp. 107-117, en Tore Rose (dir.) *Afrique subsaharienne. De la crise au redressement*. Centre de Développement de l'OCDE. Paris.
- WURTZ, F. (1993). *Un monde à changer. Enjeux internationaux* (Entretien avec Alisse Paillet). Ediciones Sociales. Paris.